

DE LA HISTORIA ORAL A UNA LLAMADA “IDEOLOGÍA DE TESTIMONIO”: AUTOPSIA DE UN RETROCESO

Es cierto que la historia oral, a pesar de que se incluye en el mundo de la investigación académica desde hace unos 30 años, fue y sigue siendo un campo sospechoso. Ha tenido que luchar con bastante fiereza para recibir su carta de acreditación, y a pesar de las apariencias a menudo engañosas, tal batalla en realidad nunca termina. De hecho, nos guste o no, la existencia misma de la historia oral nunca dejó de ser un problema para la historia científica formal, la cual estableció las normas en el último cuarto del siglo XIX. Esto no es nada sorprendente, y yo no habría siquiera considerado el estudio de un tema tan trivial si el reciente desarrollo del fenómeno en Francia no se hubiera presentado como una especie de reto para los interesados e instruidos por la historia oral. Este ensayo fue inspirado por el hecho de que en Francia, en 2014, a veces uno tiene que justificarse o incluso defenderse por el uso de fuentes históricas orales: incluso en ocasiones aquel que recolecta y utiliza testimonios orales es severamente acusado de “populismo científico”, el equivalente de ser excomulgado. Pero esto no siempre fue así. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para pensar en el desarrollo de la historia oral y evocar los obstáculos que ha superado, por un lado, analizar lo que le sucedió en Francia desde finales de la década de 1970, por el otro lado y, por último, volver a los problemas causados por el uso de testimonios —problemas de los que se ha hablado una y otra vez, pero que siempre se presentan como nuevos o se cree que lo son.

El surgimiento de la historia oral en el mundo de los académicos

Ya sea que su inventor haya sido Allan Nevis en Columbia en 1948,¹ Antoine Court (1695-1760) en las Cevenas,² el sacerdote español Bernardino de Sahagún en México (1499?-1590),³ Winslow C. Watson (1803-1884) en 1863⁴ o posiblemente Samuel Johnson en 1773,⁵ la historia oral como la entendemos hoy en día emergió entre las décadas de 1960 y 1970: el año 1967 vio la creación de la *Asociación de Historia Oral* en Estados Unidos, y 1973 el nacimiento de la *Sociedad de Historia Oral* en Gran Bretaña. La misma tuvo lugar

en Canadá en 1974 y en Australia en 1975. Por la misma época, iniciativas similares se estaban implementando en México, Argentina, Brasil, Chile, Dinamarca, Alemania Occidental, Holanda, India, Irlanda, Israel, etcétera. La primera conferencia internacional sobre la historia oral se llevó a cabo en 1978 en Essex, Inglaterra, y en 1980 se fundó la *Revista Internacional de Historia Oral*. El método relacionado con la historia oral incluso encontró un lugar en la prestigiosa Universidad de Oxford en 1988.

En todas partes, la tendencia se encontró con las contraindicaciones y el escepticismo de los historiadores universitarios, para quienes las fuentes escritas tenían que ser la base de cualquier estudio serio.⁶ En Estados Unidos, en México,⁷ en el Reino Unido,⁸ en Italia,⁹ tal tensión expresó la dificultad presente en la historiografía institucionalizada, etiquetada y universitaria para aceptar la historia oral. Como consecuencia, los partidarios de la historia oral a menudo fueron condenados al ostracismo a los márgenes de las instituciones, como fue el caso, por ejemplo, en Italia¹⁰ y en los Estados Unidos de América.¹¹ Tales prejuicios se explican en parte por el hábito disciplinario de concebir la naturaleza de la historia como un modelo de científicismo y distancia. Además, la historia de los tiempos actuales aún no era muy respetada, un hecho que Charles Morrissey, una importante figura de la historia oral en Estados Unidos, resumió claramente en unas cuantas palabras: “Mientras más joven eres, menos profesional eres, porque formas parte de la memoria viviente”.¹² En otros aspectos, aunque la versión moderna de la historia oral en las décadas de 1960 y 1970 se creó bajo la apariencia de una mejor comprensión por parte de la élite,¹³ todavía estaba asociada con las opiniones políticas e ideológicas progresistas¹⁴ y por lo tanto tendía a dar prioridad a los testimonios de aquellos a los que por lo general no se les permitía expresarse.

Los efectos conjugados de esos factores diversos significaban que la historia oral tuvo problemas para llegar a existir y afirmar su legitimidad. Por consiguiente, sus partidarios formaron una comunidad nacional, pero también internacional. Esta especie de hermandad mostró un “compañerismo extraordinario”,¹⁵ lo que hizo que Charles Morrissey declarara que la reunión anual de especialistas de historia oral en Estados Unidos no era nada como la de la *American Historical Association* “donde parece que todos fueron cortados con el mismo cortador de galletas, de pie en el vestíbulo, usando el mismo tipo de trajes. Con la historia oral, el folclorista quiere discutir con el historiador o el lingüista

sobre el significado de la evidencia o el valor de la evidencia subjetiva y así sucesivamente”.¹⁶ Al principio del movimiento, todo sucedió de manera muy informal, “en el mejor consenso de amplio criterio, de discutir algo profesionalmente. La informalidad de las reuniones; la fogata en la playa en Pacific Grove”,¹⁷ que Morrissey evoca nostálgico en retrospectiva.

Básicamente, las reservas expresadas en contra del uso de fuentes orales obligaron a sus partidarios a reflexionar seriamente sobre los argumentos que se planteaban en contra de ellos. Es sorprendente notar que éstos integraban las dificultades del enfoque que habían elegido anteriormente. Ya en 1972, Barbara Tuchman, ganadora del Premio Pulitzer, advirtió en contra de la banalidad de que probablemente se acumularía un uso excesivo y celoso de testimonios orales:¹⁸ ¿en realidad valía la pena hacer tanto esfuerzo para descubrir lugares comunes? En 1979, Patrick O’Farell sintió que la historia oral se movía en “el mundo de la imagen, la memoria selectiva, superposiciones posteriores y absoluta subjetividad.... ¿Y a dónde nos llevará esto? No a la historia, sino al mito”.¹⁹

El caso de Francia: de cuestionar la historia oral a la cuestión misma de la historia oral

En una época en la que la historia oral fue generalmente considerada en varios países como un nuevo recurso, a veces incluso una cura para todo, Francia daba la bienvenida al movimiento y a la tendencia hasta el punto en que Daniel Bertaux podía creer genuinamente que el año 1980 quizá vería el fin de la “prehistoria de la historia oral en Francia”,²⁰ que es el levantamiento de lo que era *de facto* una prohibición, observada rigurosamente. “La historia como disciplina está íntimamente ligada a la forma escrita: como ciencia, se ha diseñado a partir de la crítica de la tradición oral, lo que explica la cautela espontánea de muchos historiadores cuando se trata de fuentes orales”,²¹ escribió Philippe Joutard. Este historiador de formación clásica, autor de un libro en 1977 sobre la adición esencial que la tradición oral puede aportar a la comprensión de un fenómeno a largo plazo,²² escrito tras una encuesta oral sobre los recuerdos de la Guerra de los Camisardos que comenzó una década antes en las Cévennes, careció de convicción cuando probó suerte en el tema. “Nada me condujo a iniciar ese trabajo, más aún porque se trataba de tradición oral, algo que no creía que existiera en nuestros países alfabetizados desde

hace tiempo, ni siquiera albergaba algún interés histórico”,²³ escribió. Y sin embargo, añadió: “Desde el primer día, comprendí que no me iba a detener pronto y que cambiaría todo mi trabajo por completo”.²⁴ De hecho, su obra maestra fue publicada en el momento exacto en el que la historia oral empezaba a abrirse camino en Francia.

El reconocimiento tuvo lugar en el recién establecido Instituto de Historia del Tiempo Presente (*Institut d’Histoire du Temps Présent*, IHTP). En junio de 1980, *la crème de la crème* de los investigadores que se habían ocupado de la cuestión de los testimonios orales en historia, sociología, antropología o ciencia política se reunió en un comité: entre otros, François Bédarida, Daniel Bertaux, Jean-Claude Bouvier, Philippe Joutard, Marie-Claire Lavabre, Philippe Lejeune, Yves Lequin, Jacques Ozouf, Mona Ozouf, Gérard Namer, Luisa Passerini, Jean-Noël Pelen, Jean Peneff, François Portet, Antoine Prost, Nicole Racine, Madeleine Reberieux, René Rémond, Jean-Pierre Rioux, Dominique Schnapper, Paul Thompson, Lucette Valensi, Dominique Veillon, Danièle Voldman.²⁵ Esta reunión sobre los “problemas de método de la historia oral” se había preparado con una serie de pequeños grupos de trabajo desde noviembre de 1979 y el ambiente era muy positivo, incluso entusiasta.

Esas dinámicas continuaron, ya que en 1982 el IHTP —cuyo presidente, François Bédarida, sintió que era su deber el ayudar a dar a luz a esta nueva práctica—²⁶ publicó un índice de investigadores especializados en historia oral, añadió publicaciones *ad hoc* para su biblioteca personal y organizó el quinto coloquio internacional sobre historia oral en septiembre en asociación con el Centro para la Investigación y el Estudio de la Historia Oral y los idiomas locales (*Centre de Recherche et d’Etude sur l’Histoire Orale et les Parlers régionaux*) en Aix. Ahí, Dominique Schnapper se mostró como la voz de la discordia haciendo “preguntas impertinentes a ‘historiadores orales’”.²⁷ Puesto que estaba familiarizada con el método de entrevistas, estaba radicalmente en contra de la idea de que la historia oral fuera considerada como una nueva disciplina, ya que su fundamento, el esfuerzo de entender y hacer algo inteligible, no era diferente de la llamada historia tradicional. Su diagnóstico fue el siguiente: “En Francia, donde no tenemos un equivalente a los historiadores tradicionales ingleses, donde los historiadores están más familiarizados con las humanidades, la batalla se ganó incluso antes de ser librada”.²⁸

Tal optimismo —que se basaba en la idea de que “la historia oral” recaía en un ámbito general de ampliación del “horizonte de los historiadores” y que, en consecuencia, no merecía ser excesivamente criticada u honrada— fue rebatido por la realidad. Esto se hizo evidente en el segundo coloquio organizado por el IHTP el 20 de junio de 1986. Al evocar la difusión de la historia oral, Jean-Pierre Rioux rinde tributo a “la constante ayuda crítica y amigable ofrecida a los investigadores del IHTP, de Aix a Lille, de Göttingen a Turín, de Roma o Barcelona, de la rue Saint-Guillaume²⁹ a California, sin olvidar las honorables subprefecturas francesas donde era un placer hablar con algunos grupos fervientes que, como dicen, ‘viajan por ahí’”.³⁰ Sin perjuicio de cómo dichos grupos fervientes recibieron esta expresión de gratitud, es interesante notar que su mención precedió a la comprensión de que la historia oral se había vuelto “banal”: “Vamos a necesitar, creo yo, debatir a fondo la feliz consecuencia de esos esfuerzos pioneros, pero también el cansancio que la ola propagó. Banal, no verbal o indiferente, la historia oral podría muy bien establecerse como el humilde servidor de la ciencia histórica perenne, convertirse en una ciencia auxiliar que apenas hablaría más fuerte que las demás”.³¹ A continuación surgió la pregunta: “¿Debemos estar tristemente de acuerdo en que no hay mucho más que decir sobre la historia oral? Desechado, reciclado, su sueño roto de establecer ‘otro’ tipo de historia, sería relegado al estante de accesorios técnicos necesarios para crear fuentes, con tenderos de uniformes grises”.³²

La agenda del coloquio de 1986 dio prioridad a las discusiones sobre los temas de “la historia oral operativa, y ya no a un método adolescente todavía en busca de su identidad y legitimación”.³³ En sus conclusiones, François Bédarida expresó sus reservas con respecto a la historia oral:

Tenemos que regresar a la cuestión de la historia. ¿Está todo construido en torno a la micro-historia y la macro-historia? Sí, la historia es polifónica y multidimensional. Sí, hay una pluralidad de temporalidades. Pero es evidente que cualquier historiador establece jerarquías y que él tiene que admitirlo, reconocerlas con claridad. Seguir una jerarquía en la que la micro-historia viene antes que la macro-historia es absolutamente correcto, siempre y cuando esté claramente establecida [...]. Es una manera de hacer historia. Es perfectamente legítimo, mientras se haya reconocido

que se le da prioridad, dentro de esa jerarquía, sobre otra concepción que estuvo en uso hasta entonces.

También se puede abrazar una concepción diferente, es decir, que todos los nuevos enfoques son productivos, ricos en sugerencias, que le dan a la historia una dimensión notable. [...] Sin embargo, podemos pensar [...] que en cuanto a fechas se refiere, una como 1933, que puso el destino de cientos y cientos de millones de hombres junto con el futuro de la humanidad en peligro, es más importante que saber cómo los alemanes percibieron su guerra. Ése es otro enfoque y otro campo de interpretación, pero se puede considerar que, al final, esa historia, sin importar cuán rica se vuelva por la intervención de la otra, es la más importante a los ojos de los historiadores. Es una cuestión de jerarquía, de una jerarquía claramente establecida y reconocida.³⁴

El hecho es que la forma en la que la historia oral fue aprehendida evolucionó seriamente en un periodo de seis años. Tal vez esa distancia fue una consecuencia de la conferencia de Daniel Cordier, pronunciada el 9 de junio de 1983 en el gran anfiteatro de la Universidad de la Sorbona con la ayuda del IHTP. Esa conferencia sobre Jean Moulin y el Consejo Nacional de Resistencia había causado un gran revuelo porque la historia que se contó a través de archivos, personal y exclusivamente mantenida por Cordier, no coincidía con las memorias de los Resistentes que habían asistido. Eugène Claudius-Petit, Henri Noguères, Christian Pineau y Jean-Pierre Levy, exdirigentes de movimientos de Resistencia, declararon que la intervención de Cordier no describía la Resistencia que habían vivido. Este último se defendió declarando, por ejemplo, durante el debate: “Yo sé, por supuesto, lo que Jean Moulin pensaba del Frente Nacional, pero mi testimonio no tiene ningún valor particular. Como consecuencia, tenemos que remitirnos a los documentos”.³⁵ En realidad, la conferencia y los debates siguientes establecieron una oposición radical entre los archivos escritos y los testimonios de los sobrevivientes. No era palabra contra palabra, sino archivos contra palabra.

Con ese episodio en mente, el cambio de la dirección con respecto a la historia oral del IHTP es probablemente más fácil de explicar. La reunión tempestuosa de 1983 en La Sorbona había dejado sus huellas. Y por cierto, Daniel Cordier había tomado parte en el ya

mencionado coloquio de 1986. Había hablado para reconocer que los testimonios tenían “un cierto mérito, un mérito estético. Porque, de repente, alguien habla, y al cabo de 20, 30 o 40 años, el pasado aparece tan fresco como es posible. Si el pasado descrito es exacto o no es poco importante, es el sonido de la voz lo que importa”.³⁶ Sin embargo, en el mismo discurso, reafirmó con energía que era “absolutamente necesario llevar a cabo un trabajo serio contra esas fuentes”,³⁷ ya que no reflejaban la realidad en absoluto: “con el fin de escribir la historia, debemos confiar en primer lugar en los documentos”.³⁸ En su conclusión, François Bédarida insistió en la importancia de la intervención de Daniel Cordier: “La intervención de Daniel Cordier es absolutamente esencial, ya que reestablece nuestro punto de partida: los temas de la historia. La Resistencia que, por falta de documentos, fue considerada como un campo elegido de la historia oral, parece ser, por el contrario —según él— el lugar donde la historia escrita triunfa: es una inversión de perspectivas”.³⁹

De hecho, en 1992, el IHTP publicó los resultados de sus prácticas bajo un título expresado en forma de pregunta: “¿La voz de la verdad? Investigación histórica y fuentes orales”.⁴⁰ En su prólogo, Danièle Voldman comentó que las opiniones de los investigadores discreparon en ese capítulo en particular en una unidad de investigación que por lo demás fue bastante coherente. El entusiasmo de principios de la década de 1980 había dado paso a una gran precaución, y en lugar de la “síntesis de los conocimientos adquiridos a través de la investigación en el campo de la historia oral” requerida por la Unidad de Investigación e Innovación (*Direction de la recherche et de l'innovation*) del Ministerio de Infraestructuras —que se había encargado de la publicación— el laboratorio ofreció una síntesis polifónica que no era ni una defensa ni una ilustración de la historia oral.

¿Por qué centrar este estudio en el IHTP y en la evolución de la historia oral mostrada a través de sus publicaciones? Porque como el crisol de la utilización de las fuentes orales en Francia,⁴¹ este laboratorio se desarrolló de una manera que refleja la actitud dominante adoptada gradualmente en ese campo. Si el uso de testimonios está actualmente incluido en una serie de estudios dedicados a la historia del presente, la idea de una nueva forma de escribir la historia —que entonces correspondía al nombre de historia oral— ha desaparecido.

Al mismo tiempo, los testigos fueron vistos cada vez con más reticencia. A veces, la sospecha en su contra incluso dio lugar a un cuestionamiento radical de todo lo que decían, olvidando o guardando silencio, de las versiones sucesivas y a veces contradictorias de sus recuerdos. Tal fue el caso en mayo de 1997, cuando la pareja Aubrac, en busca de anular las sospechas de traición causadas por un libro directamente inspirado por la reconstrucción de los cargos atribuidos a Klaus Barbie, encargó a los historiadores⁴² tomar parte en una mesa redonda en la que se podría formular cualquier pregunta. Esta difícil e improductiva sesión se convirtió en un enfrentamiento muy tenso que tenía más en común con un procedimiento policial o legal que con un intercambio entre historiadores y actores como testigos. En esa ocasión, los testigos fueron, de una manera simbólica, condenados a muerte.

Del cuestionamiento de la historia oral a la denuncia de la “ideología del testimonio”

La etapa final de este proceso de relegar las fuentes orales a los márgenes de la práctica histórica se puede encontrar en la pluma de Henry Rousso. En su libro de 2012, este expresidente del IHTP estudió la cuestión del testimonio en la escritura de la historia. Esto en sí mismo no tenía otro interés además del de presentar la opinión de un historiador entre muchos otros, alguien que por cierto nunca había trabajado directamente con fuentes orales. Pero implícitamente, planteó en realidad una cuestión fundamental: el papel del testimonio en el marco establecido por la escuela metódica, y más ampliamente por la llamada historia de la ciencia desde la segunda mitad del siglo XIX. Por eso, vale la pena observarlo con más detalle.

Rousso primero refutó la pertinencia de una dicotomía entre los historiadores y los testigos, basando su reflexión en el caso de Daniel Cordier, secretario de Jean Moulin en la Resistencia quien, después de convertirse en el biógrafo de su antiguo jefe, demostró estar radicalmente en contra de la utilización de testimonios y en favor de que la historia se desarrollara únicamente con base en archivos escritos. Aunque la posición de Daniel Cordier era muy característica,⁴³ el argumento de Rousso con respecto a ese punto es interesante en el sentido de que es precisamente en su papel como historiador que Cordier se opuso a la utilización de testigos. Además, el actor/testigo a veces se revelaba a sí mismo bajo la pluma del historiador, por ejemplo cuando habló de la detención de Caluire el 21 de

junio de 1943: “Entre los diversos testimonios del mismo actor, adopté la versión que parecía la más compatible con mi propia experiencia de la Resistencia. Tuvimos una forma de ser y de estar que me guió en mi elección de tal o cual versión”.⁴⁴ En otras palabras, Cordier el actor/testigo puede acudir legítimamente a la ayuda de Cordier el historiador cuando, como con la detención de Jean Moulin en Caluire el 21 de junio de 1943, es particularmente difícil esclarecer la verdad. Hay una contradicción aquí que nadie se apresuró en señalar, mucho menos en comentar... Una contradicción que se agrava aún más por lo que Cordier escribió en *Alias Caracalla*, un libro híbrido en el que mezclaba recuerdos con hechos sólidamente anclados en fuentes escritas: “Me asusté tanto por la vehemencia de este monólogo que quedó inscrito en mi memoria, casi palabra por palabra. Estoy consciente de que los cronistas siempre son víctimas de esta ingenua creencia. Esto ocurre con algunos diálogos que regreso a medida que llegan, de los cuales estoy seguro del significado general pero, naturalmente, no de la forma precisa. Pero es a menudo de la frase extraña de la que no me cabe duda —aunque puedo estar equivocado— que se pronunció precisamente de cierta manera. Tal es el caso de esta última”.⁴⁵ Además, el estudio cuidadoso de la obra de Cordier muestra que tiende a confiar en los mismos testimonios que él niega en principio. Hay algunos casos —no sólo en el campo de la historia de la Resistencia— donde el uso de las fuentes orales resulta ser necesario, o para usar una mejor palabra, insustituible.

Pero volvamos a las declaraciones de Rousso. Sobre el tema de los relatos de testigos, observó que “el mundo académico se ha dividido en dos, una de esas partes desarrollando una verdadera ideología de los relatos de testigos que magnifican al testigo y a la víctima, y santifica su palabra...”.⁴⁶ Pasemos a esta clara dicotomía entre dos partes que Rousso creó y opuso de una manera más bien caricaturesca cuando tendríamos problemas para encontrarlas en las obras. Lo que vemos aquí es una crítica muy conocida que consiste en señalar la ausencia de distancia crítica, lo que a veces llamamos una falta de objetividad: esa crítica es la base de la sospecha en la que tenemos lo que puede llamarse —por falta de una palabra mejor— historia oral. Pero Rousso no se limitó a andar sobre el terreno antiguo, fue más allá, afirmando que la tendencia a llamar a testigos no sólo implica creer en su palabra, sino que también desarrolla “una verdadera ideología del relato de testigos que magnifica al testigo y a la víctima, santifica sus palabras y afecta a una falsa humildad

hacia ellos. En mi opinión, esto enmascara un populismo académico cuyo propósito —al igual que con todos los populismos— no es defender la causa de los que han sido olvidados por la historia, sino hablar, y hablar en voz alta, en su lugar”.⁴⁷ Como resultado, la crítica de Rousso hacia los relatos de testigos se convierte lentamente en una desaprobación del proceso de explotación de testimonios. Bajo su pluma, utilizar un relato de testigo supondría explotarlo.

Al hacerlo, Rousso cubrió un amplio rango pues sus declaraciones se referían a “algunas disputas historiográficas recientes, en particular en Francia, sobre la actitud de los soldados de la Gran Guerra, acerca de la heroización de la Resistencia, sobre la magnitud de la colonización que permanece ignorada y su relación con la cuestión de la inmigración”. Entendió la posición de aquellos que utilizan los relatos de testigos como la implementación de una “ideología de relatos de testigos que se presenta como el avatar de un movimiento radical ideológico que ha perdido sus referencias históricas tradicionales y ahora busca las nuevas almas desafortunadas del mundo...”.⁴⁸ Los huérfanos decepcionados de una izquierda que vio caer el muro de Berlín y sus esperanzas y puntos de referencia con él estarían buscando aparentemente las nuevas almas desafortunadas del mundo. Rousso luego explicó su propia opinión: “Yo creo que el verdadero respeto que le debe un historiador a un testigo, o más bien a un actor de la historia, es reconocerlos cara a cara en un diálogo amistoso o un debate, que no implica ninguna falta de respeto porque lo que fueron en el pasado aún permite la completa libertad para criticar su interpretación de la historia, incluyendo su propia historia”.⁴⁹

El problema con tal ataque es que no se basa en ninguna referencia precisa; nos hubiera gustado que la terrible trampa señalada por el autor fuera ilustrada con un ejemplo... En definitiva, habría dos escuelas; por un lado, los “fanáticos de la fusión emocional”⁵⁰ con los testigos, cuyas motivaciones serían políticas y no científicas, y por otro lado, las almas nobles que, sin prejuicio al respeto constante a los testigos, no temen contradecirlos. La fractura entre ambos campos es clara y no deja lugar a la sutileza. Sin embargo, da la casualidad de que la sutileza es absolutamente fundamental cuando se trata de la definición de un problema con el que se encuentra cada historiador que trata de utilizar testigos.

De hecho, algunas publicaciones a veces pueden repetir las palabras de un pasado remoto sin ningún material crítico.⁵¹ Es una opción, y no necesariamente una improductiva, pero no es la elegida por los historiadores que pertenecen a los campos que Rousso describe sin nombrar. Al caricaturizar una oposición entre fanáticos enamorados y usuarios críticos de relatos de testigos, construyó un marco que descalificó al antiguo automáticamente. Pero en todos los países del planeta, partidarios del uso de relatos de testigos, precisamente porque saben exactamente con qué contra-argumentos se enfrentarán, y aún más, ya que son conscientes de lo difícil que es la práctica que eligieron, tienen mucho cuidado en evaluar la calidad de los relatos que utilizan. Como resultado, podrían ponerse sin dudarlo en la posición que Rousso presenta como propia, que es de hecho la base misma de toda práctica científica. Ninguno de los historiadores así criticados basaría sus estudios en una reproducción santificada de relatos que no se haya evaluado detenidamente. Nadie ignora la existencia de fuentes escritas. Prestar atención a lo que los actores han pensado —y pensar que han pensado— no implica de ninguna manera que las actuales fuentes escritas (si existen) deban pasarse por alto.

Pero el concepto —si se me permite llamarlo así— de “populismo científico” es interesante en el sentido de que, nos guste o no, apunta al núcleo del debate, que es fundamental en todos los sentidos y nos recuerda lo que François Bédarida ya decía en 1986. Se trata de la oposición entre el llamado enfoque científico de la historia y otro enfoque, más íntimo, más personal, entre la disciplina pura y la práctica emocional, sesgada, de la historia.

Disputa escolástica improductiva y sin fin

Este debate no es específicamente galocéntrico. En ninguna parte se ha expuesto con tanta claridad como en la *Revista internacional de historia oral* en 1985,⁵² cuando el viento estaba cambiando de dirección en Francia. Paul Thompson, Luisa Passerini, Isabelle Bertaux-Wiame y Alessandro Portelli⁵³ respondieron a un artículo particularmente bien argumentado de Louise A. Tilly defendiendo la concepción clásica de historia.⁵⁴ Estos intercambios demuestran la profundidad de la reflexión detrás de los defensores de las fuentes orales. Como anécdota, podemos mencionar la florida respuesta de Alessandro

Portelli a la crítica de Louise A. Tilly: “no se le pide al velocista Carl Lewis que rompa el récord mundial de salto de altura...” Al final, los partidarios de la historia oral explican que su práctica les permitió medir la diferencia entre hechos y representaciones, y por lo tanto tener en cuenta el papel que desempeñan las representaciones. La consecuencia para ellos es una especie de relativismo que podrían aplicar a cualquier intento de escribir la historia. Por tanto, son más propensos a dar prioridad a las interpretaciones y no a las explicaciones. En lugar de creer en estructuras objetivas, creen en acciones movidas por la subjetividad humana, por el papel desempeñado por los actores en la escena social, etcétera. Al final, la pregunta que se plantea es averiguar qué hacer con las cosas que contradicen los análisis científicos que hemos construido. En un artículo de 1997 publicado en la *Oral History Review*, titulado significativamente “Do I Like Them Too Much?” [¿Me gustan demasiado?], Valerie Yow ilustra este eje de la defensa y la reflexión mencionando elementos que el análisis de un enfoque tradicional no tomaría en cuenta: “Eran, como el antropólogo Paul Rabinow las ha descrito, ‘charlas de pasillo’ —los comentarios que realizaste acerca de tus reacciones ante tu investigación mientras estabas parado con un colega en el pasillo. Estabas a punto de entrar en la sala donde ibas a discutir las cuestiones de investigación en realidad importantes”.⁵⁵

Eso es lo que separa a la historia oral del llamado “populismo científico” y nos permite poner de relieve que el cambio de punto de vista hecho necesariamente por una relación regular, razonada y crítica con los testigos nos hace cuestionar nuestra propia práctica, preguntarnos qué significa escribir, qué registro elegir con el fin de estar en consonancia con el tema de nuestro estudio.⁵⁶ Tal ejercicio de humildad también ofrece la ventaja de ir más allá de la bella, aunque falaz, simetría entre las fuentes escritas invariables, por un lado, y los fugaces y derruidos relatos orales por el otro. Alessandro Portelli tenía razón al argumentar que “las declaraciones ‘equivocadas’ siguen siendo psicológicamente ‘verdaderas’ y que esta verdad puede ser tan importante como los relatos objetivamente confiables”.⁵⁷

Al mismo tiempo, en su respuesta a Louise A. Tilly, Alessandro Portelli tomó una posición que oponía dos tipos de historia, ambas irreductibles entre sí, dos disciplinas paralelas que, como competencias de velocidad y de salto, coexisten en el estadio sin tener que competir una contra la otra. Pero en mi opinión, si los historiadores tuvieran que ser

comparados con atletas, serían idealmente decatlonistas, una especie rara con capacidades de velocidad, potencia, resistencia, estallidos repentinos de energía, etcétera. Tales atletas siempre tienen uno o dos puntos débiles que intentan vencer sin descanso, sabiendo todo el tiempo que tendrán que trabajar con sus defectos. En lugar de la idea fisurada e ideológicamente marcada del universo del historiador dividido de arriba abajo y de abajo arriba o dividido entre científicos y militantes, con la inevitable condescendencia que ello implica, podríamos soñar con conciliar dos enfoques que en un principio parecen difícilmente compatibles.

Dicho sea de paso, el propio Alessandro Portelli destacó que “la oralidad y la escritura, desde hace muchos siglos, no han existido por separado: si muchas fuentes escritas se basan en la oralidad, la oralidad moderna misma está saturada de escritura”.⁵⁸ Y por lo tanto, también podemos pensar en la obra de Philippe Joutard, ya sea que haya sido producida en conjunto⁵⁹ o por él solo. Sus estudios revelan cuestiones muy complejas al tiempo que las hace inteligibles, un fenómeno derivado de su constante vaivén entre las fuentes orales y escritas. Es bastante sorprendente, más de 35 años después de la publicación de *La Légende des Camisards*, subtítulo *Une sensibilité au passé* (La leyenda de los camisardos. Una sensibilidad al pasado), que todavía tengamos que demostrar incansablemente lo que este libro establece con tanta fuerza: “Al ser la única manera, en un principio, para expresar la admiración popular por antepasados que devolvieron a los agricultores modestos su confianza, la tradición oral es la principal razón para el aumento de libros sobre la cuestión en las Cevenas. Pero la literatura así formada nutre a su vez a la tradición oral, aunque la menosprecia al mismo tiempo. Sin embargo, esta última ha logrado mantenerse con vida hasta ahora, gracias a su transmisión dentro del marco estrecho de la familia. Hoy en día se encuentra menos amenazada por el desprecio o la falta de interés de los estudiosos que por la dislocación de las estructuras tradicionales de la región, el abandono de las tradicionales masías y el distanciamiento de paisajes familiares que eran su apoyo más sólido”.⁶⁰ Joutard concluye: “Dicha cultura popular influye en la cultura escolar: los estudiosos no siempre obedecen los mandamientos de la ‘ciencia’ y, más a menudo de lo que pensamos, les gustaría encontrar las historias de su infancia de Nuevo”.⁶¹

Todo está ahí: las interacciones sutiles entre relatos escritos y verbales, la dialéctica que se opone y los une a todos al mismo tiempo, la lección de humildad impartida por la práctica de la tradición o de las fuentes orales, el descubrimiento de los límites de una ciencia tranquilizadora, aunque cuestionable. ¿Philippe Joutard les dio a los testigos el derecho de hablar sólo para arrebatárselos y ocultar su propósito? La **irrelevancia** de tal cuestión sólo se puede entender por completo después de (re)leerlo. La verdad es que Philippe Joutard, con su cruz de peregrino, caminando a lo largo y ancho de su campo de investigación, escuchando a los testigos de una historia pasada, se coloca en la posición perfecta para revelar las “transcripciones ocultas” descubiertas por James C. Scott en su estudio antropológico de pueblos de Malasia.⁶² Un marco de entendimiento diseñado desde el principio puede ser claro y tranquilizador, pero no va a resistir la complejidad revelada por una práctica exhaustiva de fuentes orales. Esto es un hecho en el que ningún populismo, científico u otro, tiene cabida. Por el contrario, trae a nuestra conciencia que los antiguos actores que se convierten en testigos tienen mucho que decir y hay que escucharlos atentamente: lo que se pierde así en claridad se gana en sutileza.

Laurent Douzou

Agradecimientos: Mathieu Franks, Sonia Izrar.

Resumen: La existencia misma de la historia oral nunca dejó de ser un problema para la historia científica formal. En Francia, en 2014, a veces uno tiene que justificarse o incluso defenderse por el uso de fuentes históricas orales: incluso en ocasiones aquel que recolecta y utiliza testimonios orales es severamente acusado de “populismo científico”, el equivalente de ser excomulgado. Este ensayo aprovecha la oportunidad para pensar en el desarrollo de la historia oral y evocar los obstáculos que ha superado, por un lado, analizar lo que le sucedió en Francia desde finales de la década de 1970, por el otro lado y, por último, volver a los problemas causados por el uso de testimonios —problemas de los que se ha hablado una y otra vez, pero que siempre se presentan como nuevos o se cree que lo son.

Palabras Clave: Historiografía; Lucha entre la historia científica formal y la historia oral;
Lugar de la historia oral en Francia.

- 1 Editorial: "Allan Nevins and Oral History", *International Journal of Oral History*, vol. 9, n° 1, febrero 1988.
- 2 Joutard Ph., *La Légende des Camisards. Une sensibilité au passé*, Gallimard, 1977, p. 150.
- 3 Eva Salgado Andrade, "Oral History in Mexico", *International Journal of Oral History*, vol. 9, n° 3, noviembre 1988, pp. 215-220.
- 4 Morrissey Ch.T., "Why Call It "Oral History"? Searching for Early Usage of a Generic Term", *Oral History Review* (1980) 8 (1): pp. 20-48.
- 5 Thompson P., "The Development of Oral History in Britain", *Oral History. An Interdisciplinary Anthology*, editado por David K. Dunaway y Willa K. Baum, 2ª edición, AltaMira, 1996, p. 352.
- 6 Véase, por ejemplo Grele R.J., "Directions for Oral History in the United States", *Oral History. An Interdisciplinary Anthology*, editado por David K. Dunaway y Willa K. Baum, 2ª edición, AltaMira, 1996, pp. 62-84 : "A medida que los historiadores académicos estadounidenses intentaron profesionalizarse y volver su estudio más "científico" en las últimas décadas del siglo XIX, su punto de vista sobre su tarea era cada vez más una visión que los limitaba al estudio de los registros escritos. Este sesgo, así como el seminario de investigación y la definición del historiador como poseedor de un doctorado, son provenientes de Alemania. Armados de este modo se dedicaron a desarrollar un nuevo tipo de historia en la que los recuerdos orales no desempeñarían ningún papel", p. 63.
- 7 Meyer E., "Oral History in Mexico and Latin America", *Oral History Review* 4, 1976, pp. 56-61.
- 8 Thompson P., "The Development of Oral History in Britain", *Oral History. An Interdisciplinary Anthology*, editado por David K. Dunaway y Willa K. Baum, 2ª edición, AltaMira, 1996, pp. 351-362.
- 9 Portelli A., "Oral History in Italy", *Oral History. An Interdisciplinary Anthology*, editado por David K. Dunaway y Willa K. Baum, 2ª edición, AltaMira, 1996, pp. 391-416.
- 10 Aunque muy respetados como historiadores orales, Alessandro Portelli y Luisa Passerini ocuparon posiciones en el ámbito académico italiano que, de alguna manera, eran las de los extranjeros.
- 11 Grele R.J., "Directions for Oral History in the United States", p. 64, subraya que "estos primeros programas no se encontraban dentro de los departamentos de historia, sino que por lo general en las bibliotecas o almacenes de archivos. Así que tenían poco efecto en la formación de los historiadores, o en la práctica historiográfica".
- 12 Entrevista con Charles T. Morrissey, por Tracy E. K'Meyer, *Oral History Review* 24/2 Invierno 1997, pp. 77-78.
- 13 Ya en 1938, en *The Gateway to History*, Allan Nevins convocó una solicitud para recoger testimonios de "hombres alguna vez prominentes en la política, en los negocios, en las profesiones y en otros campos; información sobre su perecimiento que cada obituario muestra". Y, de hecho, "el 18 de mayo de 1948, Nevins y su estudiante graduado, un estudiante de doctorado llamado Dean Albertson, se dirigió al no. 120 East 75th Street en Manhattan para entrevistar a George McAneny, un banquero de Nueva York y líder cívico". Cf. *International Journal of Oral History*, vol. 9, n° 1, febrero de 1988, editorial: Allan Nevins and Oral History, p. 3.
- 14 Un político liberal, Louis "Studs" Terkel (1912-2008), que había sido parte del "Federal Writers Project" durante el *New Deal*, tuvo una gran influencia en la historia oral en Estados Unidos. En el

Reino Unido, Paul Thompson, cuya *Voice of the Past* publicada en 1978 dio fuerza a una historia vista desde abajo, también encarnó esta corriente.

15 Entrevista con Charles T. Morrissey, por Tracy E. K'Meyer, *Oral History Review* 26/1 Invierno-primavera de 1999, pp. 85-104, p. 91.

16 *Ibid.*, p. 91.

17 *Ibid.*, p. 91.

18 Tuchman B., "Distinguishing the Significant from the Insignificant", *Radcliffe Quarterly* 56 (octubre de 1972), retomado en *Oral History. An Interdisciplinary Anthology*, David K. Dunaway y Willa K. Baum (dir.), 2ª edición, AltaMira, 1996, pp. 94-98.

19 O'Farrell P., "Oral history: facts and fiction", *Oral History Association of Australia Journal*, 1982-83, no. 5, pp. 3-9.

20 Bertaux D., "L'Histoire Orale en France: Fin de la Préhistoire", *International Journal of Oral History*, vol. 2, n° 2, junio de 1981, p. 121.

21 Joutard Ph., *Histoire et mémoires, conflits et alliance*, La Découverte, 2013, pp. 16-17.

22 Joutard Ph., *La Légende des Camisards*, *op. cit.*

23 Joutard Ph., *Histoire et mémoires...*, p. 137.

24 *Ibid.*, p. 137.

25 *Problèmes de méthode en histoire orale*, table ronde, 20 de junio de 1980, IHTP, 1981.

26 "The Struggle for a History without Adjectives: A Note on Using Oral Sources in Spain", Mercedes Vilanova, *The Oral History Review*, Vol. 24, No. 1 (verano, 1997), p. 83.

27 Schnapper D., "Questions impertinentes aux "historiens oraux"", *Commentaire*, n° 23, 1983, pp. 655-660.

28 *Ibid.*, p. 660.

29 La dirección de Sciences Po en París.

30 Questions à l'histoire orale. Table ronde du 20 juin 1986, *Cahiers de l'IHTP*, n° 4, junio de 1987, p. 5.

31 *Ibid.*, p. 6.

32 *Ibid.*, p. 6.

33 *Ibid.*, p. 7.

34 *Ibid.*, pp. 108-109.

35 *Jean Moulin et le Conseil National de la Résistance*, IHTP, 1983, p. 53.

36 Questions à l'histoire orale. Table ronde du 20 juin 1986, *Cahiers de l'IHTP*, n° 4, junio de 1987, p. 73-74.

37 *Ibid.*, p. 74.

- 38 *Ibid.*, p. 104.
- 39 *Ibid.*, p. 104.
- 40 *Les Cahiers de l'IHTP*, n° 21, noviembre de 1992, Danièle Voldman, ed.
- 41 Véase Philippe Joutard, *Histoire et mémoires...*, *op. cit.*, pp. 147-148.
- 42 Todos ellos parisinos y miembros o colaboradores del IHTP.
- 43 “Mientras más testimonios, menos verdad”, Daniel Cordier, *Jean Moulin. La République des catacombes*, París, Gallimard, 1999, p. 431.
- 44 *Ibid.*, p. 433.
- 45 Daniel Cordier, *Alias Caracalla*, París, Gallimard, 2009, nota 1, p. 387; reiterado pp. 704 y 888.
- 46 Henry Rousso, *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain*, París, Gallimard, 2012, p. 254.
- 47 *Ibid.*, p. 254.
- 48 *Ibid.*, p. 255.
- 49 *Ibid.*, p. 255.
- 50 Pierre Bourdieu (dir.), *La misère du monde*, París, Seuil, 1993, p. 903.
- 51 Es el género de la historia de la vida el que ocupa un lugar importante en el mundo de la edición.
- 52 *International journal of oral history*, vol. 6, n°1, febrero de 1985.
- 53 “Between Social Scientists: Responses to Louise A. Tilly”, pp. 19-39.
- 54 “People’s History and Social Science History”, pp. 5-18: “El genio de la historia de las ciencias sociales es doble. En primer lugar, su método central —biografía colectiva de un tipo u otro— preserva al individuo, mientras la variabilidad identifica patrones sociales dominantes. En segundo lugar, su enfoque en las relaciones sociales en lugar de en los estados psicológicos sigue siendo nuestra mejor garantía de reconstruir cómo la gente común del pasado vivió sus días y tomó las decisiones que se acumulan en la historia. La historia de la ciencia social, concebida adecuadamente, es la historia definitiva de las personas”.
- 55 Valerie Yow, “Do I Like Them Too Much?”: Effects of the Oral History Interview on the Interviewer and Vice-Versa, *Oral History Review* 24/1 (verano de 1997), pp. 55-56.
- 56 Véase Mercedes Vilanova, “À la recherche des majorités invisibles, un parcours espagnol du second 20^{ème} siècle”, *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 1997, n° 55, p. 136: “Las fuentes orales aplastan la soledad protegida de los archivos, el mundo cerrado de la verdad escrita, una visión estática del historiador. Muchos conceptos anteriores, elaborados con dificultad a través del estudio bibliográfico, destrozados”.
- 57 Alessandro Portelli, “What Makes Oral History Different”, publicado por primera vez en 1979, en *The Oral History Reader*, editado por Robert Perks y Alistair Thomson, 2ª edición, Routledge, 2006, p. 68.
- 58 Alessandro Portelli, art. cit. *supra*.

59 Joutard Ph., Poujol J., Cabanel P., *Cévennes. Terre de Refuge, 1940-1944*, Presses du Languedoc/Club cévenol, 1987.

60 Joutard Ph., *La Légende des Camisards*, op. cit., p. 347.

61 *Ibid.*, p. 356.

62 Scott J.C., *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale University Press, 1990.